

# **POR UN HUMANISMO BELIGERANTE**

*Sergio Ramírez*



**Palabras al recibir el Premio Internacional**

**Erasmus de Rotterdam**

**FUNDACIÓN HUMANISMO SOLIDARIO**

**Instituto Cervantes, Madrid, 21 de enero, 2022**

Doy las gracias la Fundación Humanismo Solidario, a su presidente, don Francisco Morales Lomas, y a su secretario general, don José Sarria, por el honor que esa institución cultural me concede al otorgarme el Premio Internacional Erasmo de Rotterdam; al Instituto Cervantes, y a su director, don Luis García Montero, por acoger este acto; y a todo ustedes por su presencia.

Quisiera comenzar diciendo que en mis lecturas del Quijote está siempre en sordina la voz de Erasmo, recordándome que el abismo entre lo ideal y lo real, está lleno de risa, que es una de las enseñanzas de la libertad.

Es Erasmo quien enseña a Cervantes que el ejercicio del poder deviene de la locura del interés y el cinismo, y que en cada acto de ese poder trasudan las miserias estafalarias de la condición humana, entre las buenas intenciones, la tentación de oprimir, la debilidad ante los halagos, el deseo de fama, la crueldad, la compasión, y la impostura. Y Cervantes, muy justamente, pone el discurso sobre el ideal del buen poder en boca de un loco. El buen gobierno, la recta justicia, no son sino

imágenes desbocadas en la mente de don Quijote, que ha perdido el juicio, mientras, quién iba a pensarlo, es Sancho quien asume la cordura, con su recta y simple administración de justicia en su ínsula de Barataria.

El poder, nos recuerda Erasmo, suspendido siempre en la bruma entre el bien y el mal, seguirá siendo fruto de la locura. Estupidez, estulticia, tontería. ¿Qué otra mejor manera de entender la locura que nubla razón de los necios? ¡Y qué peor loco que un necio con poder? “Para eso estoy yo, la locura” dice, para regocijo de Cervantes, “...adormecidos por las voces de los aduladores... ¡qué felices se sienten gracias a mí! Libres de los cuidados del gobierno, se dedican a la caza, a cabalgar en briosos corceles, a vender los puestos y las magistraturas, a discurrir sin cesar nuevos métodos con los cuales se apropian del dinero de los súbditos para sus vicios y sus lujos. Cubriendo sus iniquidades con la máscara de la dignidad, resucitan e inventan títulos honoríficos para sus favoritos, y hasta, de cuando en cuando, halagan al pueblo con cualquier bagatela, para tenerlo contento”.

Sin el *Elogio de la Locura* no existiría el discurso de a los cabreros, la edad dorada contra la edad de la locura, cuando “no había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen...”

El antídoto de la locura está en poner en cuestión lo aceptado como verdad, porque la insistencia en la certeza es ya la caída en el error, las semillas del dogma generando la mentira. Toda verdad absoluta, sobre todo si se convierte en un sistema de ideas capaz de generar poder, ha conspirado siempre contra la integridad del hombre, única medida de todas las cosas. La negación, pues, de la falsedad, según Protágoras, que ya conocía desde entonces ese mal de la locura de las ambiciones.

Saberlo todo, es también otra forma de locura. Saber nada más que no se sabe nada, como Sócrates, en ejercicio permanente de rigor con uno mismo, es la mejor forma de la cordura; y nunca olvidar que nada de lo que es humano nos es ajeno, como Terencio en *El verdugo de sí mismo*. El humanismo que nos manda mirar desde nosotros mismos hacia los otros, en

contra del dictum decimonónico, inventado por la ambición del lucro, que manda a cada uno cuidar su parte, porque el todo se cuida solo. El todo, que son los demás.

Y como Erasmo, otra vez, que nos enseña que no hay humanismo sin tolerancia, y que son los intolerantes, dueños de la verdad absoluta, los que siempre acusan de herejes a quienes no piensan igual; así lo explica, entre risas sosegadas, páginas adelante, en ese manual para cuerdos que es *Elogio de la Locura*, sin el cual tampoco existiría Voltaire.

El dogma es el peor enemigo de la condición humana, pesaba Voltaire, en homenaje de Erasmo. La edad de la razón comienza con Giordano Bruno quemado en la hoguera, y se extiende hasta Voltaire autoexiliado en Ferney, una sola edad de renacimiento ilustrado, o ilustración renacentista. Una sola edad de las luces, y de la razón.

"Comprendo que la duda no es un estado muy agradable pero la seguridad es un estado ridículo", había dicho Voltaire cargando siempre de ironía sus frases. Dudo, luego existo. La premisa revivida de Montaigne: "¿Qué sé yo?" en contra de la petulancia de la otra, "¡qué no sabré yo!". Cuando se llega a ser

dueño de la verdad absoluta, el mundo se detiene en la locura de las ausencias, como temía Erasmo.

En este primer cuarto del siglo veintiuno, la lucha entre el dogma y la libertad de pensamiento sigue pendiente. Los temores sobre la verdad absoluta, son más modernos que nunca cuando todas las preguntas de la filosofía regresan a buscar el verdadero sentido del humanismo, que es el ser humano, soterrado antes bajo el culto del estado, y ahora bajo el culto del mercado, viejos dogmas en odres nuevos. Bajo la avalancha del populismo, la demagogia, la mentira sistemática, las mentiras virtuales, las verdades alternativas. El manicomio de la posmodernidad.

La cultura política que heredamos en Hispanoamérica está teñida de aquella locura de la que Erasmo advertía. Mientras las colonias inglesas proclamaban a la hora de su independencia la sujeción del poder militar al civil, y la libertad religiosa, nuestras constituciones liberales del siglo diecinueve, partiendo de las de Bayona y Cádiz, concedían la autonomía de los ejércitos, y proclamaban a la religión católica como la oficial del estado. Tuvimos entonces repúblicas liberales que fueron tantas veces

reinados feudales, el caudillo amparado tras los muros del cuartel y amantado en las sacristías.

Una honda contradicción en tiempo de revoluciones libertarias. Pero no sólo eso. La rigidez axiomática del tomismo, que derrotaba en el terreno de las ciencias al método deductivo y experimental, tocar para creer, creaba el atraso, creer para no tocar. Lo que tanto temía Erasmo. Y derrotaba también en el terreno político la libre discusión de las ideas, que es fuente de toda democracia, para imponer categorías jerárquicas, creando el autoritarismo ideológico.

Porque el tomismo se volvió después ideológico, en cualquier terreno, en la medida en que aseguraba la supervivencia del dogma, cualquier dogma, y se convirtió en el molde de toda intolerancia, con rigor militar. Atraso, caudillismo, intolerancia, partido, mercado. Todo regresa así hacia la oscuridad del dogma.

Pero cuando surgen las verdades insurgentes que se oponen a las verdades establecidas, la locura se repite. Es un asunto de polaridad que por su misma carga elimina la escogencia múltiple; y la verdad insurgente, cuando adquiere poder transformador, se

vuelve verdad dominante, y como tal, se convierten en verdad absoluta. Es una verdad, por sí misma, intolerante.

Cuando, en este sentido político, el criterio de la verdad cambia, por esa misma naturaleza dialéctica de prueba y error que Protágoras le da, las consecuencias de la acción ya se han dado en la historia. Si de acuerdo a Protágoras el hombre es la medida de todas las cosas, eso significa que en todo hombre varía el criterio de la verdad. La verdad que "es relativa y variable, según las circunstancias, y el tiempo y el espacio en que se está colocado."

Es lo que ocurre con las revoluciones y sus diferentes etapas. Las revoluciones, en su gestación y eclosión, son siempre dueñas de la verdad absoluta, como lo fue la revolución francesa, la más libertaria de todas las revoluciones, hecatombe del pensamiento del siglo de las luces, y a la vez, la más intolerante de todas. Robespierre, que ni siquiera tenía sentido del humor, hubiera seguramente pasado bajo la guillotina a Voltaire, antes de morir ejecutado él mismo.

Cuando hablo de revoluciones, respiro por la herida. La revolución sandinista no se hizo en base a los presupuestos

ideológicos de Voltaire, tan anticuados para nuestro gusto, y en olvido de las prevenciones de Erasmo, sino en base a una amalgama de pensamientos determinada por los tiempos que entonces se vivían, el marxismo y la teología de la liberación.

El marxismo que había llegado a nosotros en la Nicaragua de Somoza, tras muchas vueltas y revueltas, en manuales manoseados y catecismos oficiales, tal como antes llegaron también las ideas de la ilustración, en folletos y libelos igualmente prohibidos, y tan escasos que los conspiradores liberales debían copiarlos a mano en sus libros de cuentas y de asientos notariales.

Y la teología de la liberación del obispo Pedro Casaldáliga, obispo de São Félix do Araguaia en el Matto Grosso; de monseñor Mendez Arceo, obispo de Cuernavaca; de monseñor Romero, el santo asesinado en El Salvador en 1980, y de Ignacio Ellacuría y los demás sacerdotes jesuitas asesinados, también en El Salvador, en la masacre perpetrada por el ejército el 16 de noviembre de 1989. Una iglesia que volvía por los pobres y desheredados, y creía posible el reino de Dios en la tierra, y que cayó luego bajo la represión oficial de la jerarquía.

Había una violencia de las ideas, una intransigencia de las creencias, igual que en la independencia, frente a la violencia de la realidad. Unas ideas por las que era necesario tomar las armas, para imponerlas, y aún dar la vida, no podían tener sino la naturaleza de la verdad absoluta; y como tal, pasarían a ser la base de un nuevo poder político.

La propuesta de poder revolucionario era ideal, el poder fue real. El ideal de poder estaba basado en un enjambre de sueños, mística, lucha, ansiedad, devoción, sacrificio; tenía una categoría ética. El poder, ya conquistado, volvía, con el tiempo, a obedecer a los mecanismos naturales de cualquier sistema; naturales, sobre todo, a las tradiciones políticas de Nicaragua, arraigadas en la cultura rural autoritaria, que lejos de disolver, la revolución acabó utilizando.

Al descuajarse la dictadura de Somoza sobrevendría el gobierno justo de los pobres, tras ser desterrados para siempre los opresores. Era una visión radical que sólo podía llevarse adelante con autoridad. El ansia no era tanto por la libertad de conciencia, por la libertad de palabra, por la libertad de crítica, por la formación del pensamiento como fruto de puntos de vista

diversos, sino por la justicia que significaba trasladar el poder económico, político y militar, de las manos de unos cuantos, a las manos del pueblo.

Si la libertad la tenían hasta entonces sólo los dueños de los medios de producción, la libertad compartida no era una prioridad del nuevo orden. La democracia popular tenía caminos diversos a la democracia liberal. El concepto de sociedad civil, de equilibrios de poder en la sociedad, en base a la tolerancia de ideas y de fuerzas, era exógeno al momento de la revolución. Fuera del pensamiento de la revolución, el resto de la sociedad se arriesgaba a caer bajo el estigma del error, pensara como pensara. Y la verdad, estaba armada.

Para hacer posible el modelo de estado y sociedad que creíamos justo, se necesitaba poder, y poder apenas compartido. Poder de quienes teníamos la verdad ideológica, incompatible, en el fondo, con cualquier otra verdad. Y cuando sobrevino al poco tiempo la guerra de agresión, ni siquiera hubo oportunidad de entrar a discutir si la aplicación de un modelo excluyente era correcta, o incorrecta. Simplemente, la fuerza de las

circunstancias impuso la necesidad de cerrar filas y de cerrar puertas. Todo lo demás podía ser contrarrevolucionario.

Ese modelo de poder, aun así, se basaba en razones humanistas, y se proponía consecuencias humanistas. La primera de ellas la preocupación por los más pobres y desvalidos, que fue una nueva calidad axiológica introducida en la vida del país desde el poder. La tierra, la alfabetización, las escuelas, la lectura, la cultura, la recreación, los deportes, las vacunas, la atención médica. Y la participación popular.

Era una visión liberadora del ser humano. Pero no era la visión de Erasmo, ni la visión liberadora del individuo del renacimiento y de la ilustración, sino la visión liberadora de los pobres en el antiguo testamento; la visión del cántico de Ana en el Primer Libro de Samuel: "los arcos de los fuertes fueron quebrados y los débiles se ciñeron de poder. Los saciados se alquilaron por pan, y los hambrientos dejaron de tener hambre."

Así, era la primera vez en la historia de Nicaragua que los pobres tenían privilegios en la visión política de la sociedad desde el poder; pero llegaron a ser, con el tiempo, privilegios excluyentes; y cuando llegó la guerra se trató ya sólo de los

pobres de la revolución, o con la revolución. Otros pobres, víctimas por igual de la injusticia secular, tomaron las armas en las filas contrarias.

El pluralismo político que la revolución inscribió en su divisa representaba, en sus consecuencias, libertad de opinión y participación política libre; pero, del otro lado, se volvía demasiado formidable el contrapeso del partido de la revolución, custodio de la verdad absoluta, y de cuya hegemonía dependía todo el proyecto de poder. Sin embargo, la guerra mediante, la fuerza de los acontecimientos hizo que la realidad cambiara el contrapeso en favor del pluralismo, y fue por la vía del libre ejercicio democrático que el partido de la revolución bajó del poder tras las elecciones de 1990.

Esta fue una lección de la historia, que suele corregir las verdades absolutas y a sus protagonistas. Sería irónico decir que fracasamos en heredar a Nicaragua la democracia popular, y le heredamos, en cambio, la democracia liberal. Desgraciadamente la herencia de toda aquella sangre derramada es otra dictadura, tan feroz como la que derrocamos entonces. Ya Goya, tan

erasmiano, advertía que los sueños de la razón engendran monstruos.

Que la libertad crítica, que significa el examen permanente de la verdad, queda, al final de cuentas, en manos del escritor, se llega a aprender, tarde o temprano. En este sentido, la escritura salva de la locura. Porque el escritor con poder político, por mucho que no lo quiera, tarda en escaparse a la férula de la verdad absoluta. El pensamiento siempre termina participando en la acción. Son mundos que se vuelven indisolubles, cuando la historia reclama a la vez pensar y hacer; y la acción es siempre el gran riesgo. El oficio de la acción transformadora es el de la política, aún entre la miseria y la gloria. El del escritor, el de transformar el mundo con la imaginación.

Y otro riesgo de la acción transformadora que tiene por motor a la verdad absoluta, es terminar devorado por la intolerancia, primero la cabeza y después los pies, como Saturno con sus hijos, para que nadie usurpara su poder. Y quizás sólo después de ser engullido puede uno pensarse otra vez a sí mismo, dueño a plenitud de su propia libertad crítica, lejos de los

sacerdotes de la verdad absoluta. Y eso uno sólo puede aprenderlo, también, desde el terreno de la escritura.

No se ha roto el molde del dogma. Un dogma vuelve siempre a sustituir a otro, ya lo estamos viendo otra vez. Erasmo, desde su desdén frente a la locura del poder, nos llama a apropiarnos de la libertad crítica, y a rechazar todas las imposiciones que pesan sobre el ser humano.

Mi maestro en la universidad donde me formé en Nicaragua, Mariano Fiallos Gil, un erasmiano sin fisuras, acuñó una frase que tuvo por divisa en vida, y que se trasegó en la mía: humanismo beligerante. Es el humanismo solidario. El humanismo sin quietud y sin reposo, al que nada de lo que es humano le es ajeno, ni la tolerancia, ni la opresión, ni la injusticia. Ni la libertad.